

Cuando mis dioses me llevaron lejos

Digna Cespedes

Un viaje inesperado

*Cuando mis dioses
me llevaron lejos*

Digna Céspedes Hidalgo

Capítulo 1

Cuando mis dioses me llevaron lejos

Digna Céspedes Hidalgo

CAPÍTULO 1

La chica frente a mí tosía de una forma exagerada. Por un momento pensé que sus pulmones serían escupidos debido a la prisa y el traqueteo que traía el viejo tren mientras se deslizaba por aquellos endemoniados rieles. Su cara joven y verdaderamente hermosa se tornaba enrojecida por el esfuerzo agotador que involuntariamente hacía su cuerpo intentando liberarse de aquella fastidiosa molestia que la atormentaba. Yo no podía evitar la inquietud: la miraba con mucho cuidado para no ser sorprendida observando el incesante esfuerzo que ella hacía tratando de defenderse de tan fuerte tos, mientras a mí la fiebre me quemaba por dentro. Debajo de mi abrigo la temperatura era extremadamente caliente; con el frío implacable, me había ganado un resfriado de esos que te derriban.

Claramente pude ver en sus ojos la prisa que llevaba por llegar a su destino, por salir al aire libre y limpio. Salir no solo del viejo y ruidoso tren, sino también, de aquella cabina que daba una molesta sensación de encierro. Nunca supe si era escocesa o si era una estudiante extranjera, porque al llegar a la estación de Kelvinbrigg bajé a toda prisa. A mí también me urgía la necesidad de respirar aire puro. Solo vi el viejo tren cuando volvió a arrancar con furia por aquellos rieles que emitían un ruido ensordecedor. Con aquella prisa alcancé a ver por última vez los enrojecidos ojos de la chica que aún continuaba su lucha agobiante por desenfadarse de la molesta tos que no le daba tregua. Cuando subí del soterrado noté que las calles estaban completamente mojadas por una lluvia calma que no dejaba de caer. Ajusté el abrigo a mi cuerpo, cerré la cremallera y me acomodé la bufanda para que el calor de la lana calentara un poco mi cuello.

Mientras caminaba junto a mi hijo, observaba sus pasos torpes e inseguros; se movía con lentitud por la dificultad que tenía su cuerpo. En ese momento supe que me esperaba una larga caminata por Buchanan Street para llegar al dormitorio donde nos hospedábamos. Mi cuerpo no

solo temblaba por el gélido frío sino también por la fiebre que tenía.

Me pegué a él para calentarme al tiempo que lo sujetaba fuertemente para asegurarme de que no diera un traspié y cayera en aquella calle húmeda y fría. Las luces de las farolas creaban espejos en aquellas calles mojadas y frías donde se reflejaban nuestras sombras. Caminamos en silencio y con mi prisa mermada para adaptarla a su nuevo ritmo de caminar.

Al llegar a la estación Buchanan Street, con pasos lentos, entramos al pequeño supermercado de la cadena Sainsbury's. De inmediato, nos dirigimos a los anaqueles de medicinas. De aquel surtido anaquel escogimos un antigripal de cuatro golpes, así lo nombró él: necesitaba darme un buen escopetazo. En ese momento no podía darme el lujo de enfermarme: debía mantenerme saludable para cuidar de mi hijo. Después de leer con cautela las indicaciones de varios medicamentos, escogimos uno y nos dispusimos a usar el servicio de auto caja. De inmediato continuamos nuestro trayecto. Atravesamos la universidad y con una prisa apagada llegamos al lugar que en ese momento nos albergaba y abrigaba, nuestro hogar temporal. Cuando entré al dormitorio me sentí segura, y mi cuerpo entumecido por el frío se sintió cálido.

Agradecí mil veces a Dios por aquel artefacto maravilloso llamado calefacción, porque al entrar en contacto con el calor volví a sentirme viva. Después de una ducha caliente mi sangre se puso a tono con la temperatura de mi cuerpo. A mi hijo no le molestaba el frío. No sé si se debía a su condición de salud o si simplemente se había acostumbrado a aquellas groseras y frías temperaturas, porque a pesar de su débil salud la toleraba de maravilla. Hasta podría decir que le agradaba. Yo tenía tres meses y medio soportando el martirio de aquel odioso frío, y sufría espantosamente por las bajas temperaturas y las constantes lluvias. Cada día vivido era un gran logro en todo el sentido de la palabra. Llevaba un buen tiempo residiendo en un dormitorio de la Universidad de Glasgow Caledonian, algo que jamás había imaginado ni soñado.

La tarde del 2 de agosto de 2018 José Manuel me anunció muy tranquilamente que había sido aceptado por la Universidad de Glasgow Caledonian, Escocia. Él quería hacer una maestría en Big data Technology y esa universidad acababa de avisarle que sería admitido en su facultad. En ese momento me quedé sin aliento. De mis tres hijos, José Manuel, es el más pequeño y nunca había salido de casa ni siquiera de vacaciones. Siempre había sido una madre protectora y muy asustadiza. Al igual que las gallinas, quería mantener a mis hijos debajo de mis alas; entendía que de ese modo podría brindarles mayor protección. Pero había olvidado un detalle muy importante: las alas de mis polluelos habían crecido muchísimo más largas que las mías. Hasta ese momento había vivido sumida en un mundo de fantasía, un mundo mágico e irreal; un mundo

donde todos juntos éramos felices para siempre.

Ni el correr del tiempo me había hecho despertar a la realidad; a una auténtica y coherente realidad. El amor inmenso por mis hijos me había cegado completamente. Ese idilio y felicidad habían impedido que me percatara de lo mucho que habían crecido. Después de lanzarme de golpe ese bombazo a la cara, solo atiné a preguntarle:

—¿Cuándo pensabas decírnoslo? ¿Cuándo estuvieras en Escocia?

Él solo me miró con su cara graciosa y como siempre me regaló una dulce sonrisa para dejar así las cosas arregladas. En cambio, yo, aturdida con la explosiva noticia, me quedé allí sentada en aquel viejo sofá de la sala donde tantas veces lo había arrullado cuando apenas era un bebé. Sentí que algo en el pecho me aprisionaba y no me dejaba respirar, pero después de unos minutos logré calmarme y ponerle freno a mi corazón que latía como caballo desbocado.

Unas horas más tarde me percaté de que mi hijo hacía pública la noticia en nuestro grupo familiar de WhatsApp. Mi corazón se agitó y nuevamente golpeó mi pecho como un tambor, pero de inmediato comencé a aconsejarme. Me repetía una y mil veces que aquellas hermosas alas habían crecido tanto, que ya nadie tenía derecho de arrancar una sola de sus plumas, ni siquiera yo que era su madre. Esta reflexión había surgido producto de una mente acelerada y de un corazón asustado que, unidos, trabajaron para darme un poco de equilibrio y sosiego.

A pesar de mi exagerada protección mis hijos siempre habían sido muy independientes, inteligentes, ingeniosos y dedicados; especialmente José Manuel, que siempre había sido el más atrevido. Sus notas escolares siempre fueron excelentes. Por lo general, siempre estuvo en el cuadro de honor de su colegio y obtuvo varias medallas de reconocimiento por su dedicación constante. A los veintiún años se graduó de Ingeniería de Sistemas en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (Intec), así que a esta pequeña avecilla no había quién la detuviera: solo deseaba levantar el vuelo y partir a tierras lejanas en busca de mayores conocimientos. Y, ¿quién era yo para detener su vuelo?, ¿para detener aquellas ansias de descubrir el mundo y las maravillas de la ciencia de la informática? Aquel mundo complejo que yo, en mi mente de otra época no entendía.

Ahora no solo él tenía un gran reto por delante. Mi reto era igualmente duro: en ese momento me tocaba abrir la puerta de la jaula para que esa ave con su hermoso plumaje de colores volara muy alto en busca de sus sueños. En medio de aquel miedo paralizante estaba dispuesta a arrancarme cada pluma de mi cuerpo, si fuera necesario, para completar las suyas. Pero la verdad es que a esta ave solo le faltaba mi bendición. Para alzar el vuelo estaba más que lista. Yo era su madre y la primera persona que debía apoyarlo y abrirle camino hacia un futuro hermoso y

lleno de éxitos.

En cambio, cuando su padre se enteró de la noticia sintió una inmensa alegría. Como hombre al fin, se regocijó con la buena nueva y de inmediato comenzó a recriminarme por la tristeza y la nostalgia que con tanta antelación sentía. Sé que, aunque él hubiera querido, no hubiera podido entender la inmensa tristeza que me causaba la separación y la partida de nuestro hijo. Mi esposo jamás entendería mi forma de sentir aquella lejanía.

Mientras mi José y yo hacíamos planes y arreglábamos papeles y maletas, mi angustia era leve quizá porque el arduo afán de empacarle y acomodarle el mundo en aquellas maletas había aplazado mi tristeza. Necesitaba estar segura de que cuando estuviera lejos no le faltaría nada o al menos, que tendría lo imprescindible. Sentía que gran parte de mi alma se empacaba en su equipaje. Mientras estuve en el ajetreo, tratando de cubrir sus necesidades materiales para cuando estuviera ausente, la tristeza me dio una tregua, pero al momento de irse, la desolación y el miedo se apoderaron de mí, haciéndome presa fácil del abatimiento. El dolor comenzó a embargar mi alma a tal punto que sentía punzadas en mi corazón y me faltaba el aire. A mi mente venían inquietantes pensamientos que solo me atrevía a compartir con mi Dios.

CAPÍTULO 2

A cada instante me asaltaban las dudas preguntándome si lo había hecho bien, si mi hijo había aprendido todos los principios y valores que le había enseñado. Siempre tuve muy presente que Dios y la vida me cobrarían la cuenta por la crianza y la educación que le inculcara a mis hijos. Cada error cometido en el lapso de tiempo en que moldeaba su carácter resultaría desastroso en el futuro. Como madre, siempre supe que mi mayor y más dedicada empresa sería el cuidado amoroso y a la vez estricto de mis hijos. Por esta razón siempre acompañé de disciplina tan delicado trabajo. De ello dependería el dulce y maravilloso fruto que cosecharía.

Sabía que, si le dedicaba la seriedad que este trabajo ameritaba, y lo hacía con dedicación y cuidado, enviaría jóvenes a la sociedad que no solo honrarían a Dios, a sus padres y a su país, sino también a ellos mismos. Y aquí estaba yo parada en este momento debatiéndome entre dudas, cuestionando y autoanalizando mi trabajo, aunque creo que, como padres, mi esposo y yo lo hicimos bien, porque lo hicimos con amor y apoyándonos siempre en las leyes divinas. Hoy, gracias a eso estamos muy orgullosos de los resultados cosechados.

Los primeros días de la partida de mi hijo fueron atroces. A mí me afectó más que a los otros miembros de la familia. Él era el que más paciencia tenía con mi tonto y defectuoso carácter y quizá esa haya sido una de las razones por las que me había aferrado tanto a él. Además, siempre seguía nuestros consejos, no solo por su ciega obediencia, sino más bien por su carácter humilde y bondadoso. Siempre he amado con locura a mis tres hijos, pero mi José es mi pequeño Benjamín y siempre estuvo a mi lado. Compartimos el gusto por la cocina, entre otras muchas cosas. Me apegué mucho a él por su comprensión a mi turbulento espíritu. José se parece bastante a mí, pero solo físicamente, porque heredó el alma noble y bondadosa de su padre, su paciencia de santo, su corazón de oro y su entrega a los demás sin ningún egoísmo.

Cada día mi tristeza por su partida empeoraba, llegando a tal punto que pensé que necesitaría buscar ayuda profesional. No podía permitirme que la tristeza me arrastrara a lugares más profundos. Eso no tenía sentido, ¿cómo podía estar tan triste solo porque mi pequeño quisiera mejorar su vida? Muchas veces me recriminé con dureza por tal egoísmo. Quería la ayuda de un profesional de la conducta humana, porque, aunque conocía muy bien el motivo de mi tristeza, necesitaba que un experto me diera las herramientas para luchar contra esa agobiante tristeza. Pero antes decidí esperar un tiempo más. Quise intentarlo sola: necesitaba sacar valor para enfrentar mis miedos y el mayor de ellos en ese momento era el hecho de que mi hijo estuviera tan lejos, al otro lado del mundo. Por las noches, en medio de mis desvelos, pensaba que, si él estuviera en algún país de América Latina o de los Estados Unidos, todo sería más fácil ya que la distancia sería menor al momento de ir a verlo.

En múltiples ocasiones me sorprendía el amanecer sin haber dormido nada. Pasaba noches completas implorándole a Dios para que cuidara de mi hijo. En medio de mi agobiante y secreta tristeza, secreta, porque me avergonzaba que los demás miembros de mi familia pudieran notar mi egoísmo atroz; secreta, porque ya no deseaba tantas recriminaciones. Estaba decidida, tenía que hacer algo. Comencé a planear cuál sería mi siguiente movimiento. ¿Qué terapia me aplicaría para dejar atrás a mi dios del egoísmo? Entonces, varias ideas llegaron a mi cabeza. Una de ellas fue volver a escribir. Y lentamente comencé a escribir mi tercera obra titulada Los inocentes corderos, pensando que esto me distraería bastante. Y entre mi nuevo libro y un rancho en el campo, traté de ocupar la mayor parte del tiempo en mi terapia. De este modo pensaba menos y no me dejaba vencer por la tristeza y el desánimo.

Confieso que la escritura era inútil; la terapia que me estaba aplicando no estaba dando resultado. No me estaba funcionando a pesar de que para escribir mi libro tenía que investigar y buscar material de apoyo para el tema a tratar, pero aun así no lograba distraerme. Este aguijón continuaba clavado en mi mente y en mi corazón. Me recriminaba una y otra vez por mi grave falta. Sentía una inmensa culpa por mi egoísmo.

Ganas no me faltaron de auto flagelarme y arrancarme la piel a latigazos para que este sentimiento irracional de apego saliera de mí. Gracias al cielo que no creo en ese tipo de redención. Me repetía incansablemente que ese hijo no era mío, sino de Dios, de la vida, del destino, y por eso había salido a prepararse para vivir su propia vida. Yo solo fui el vehículo utilizado por Dios para traerlo al mundo. Dicen que no hay mejor consejo que el que uno mismo puede aplicarse, pero a mí, en ese momento, ni mi propio consejo lograba aliviar mi profunda y lastimosa pena. Infinidad de veces me corregí por mi grave falta.

El hecho de haber sido una madre dedicada por entero a mis hijos no me daba el derecho de sentirme de este modo, así que me aplicaba mi reproche y aguardaba avergonzada y en silencio. No quería que mi José se enterara de mi egoísmo, de cómo me sentía. Necesitaba que mi hijo tomara sus propias decisiones, sin importar cuan correctas o inmaduras fueran o pudieran parecerme. Al fin y al cabo, eran las suyas y él tenía ese derecho. Estaba clara en ese punto, así que comencé a tragarme mi tristeza y me dispuse a apoyarlo en todo lo que hiciera falta. Cambié la expresión "te extraño mucho" por las palabras "te amo con toda la fuerza de mi alma". Cuidaba muy bien el tono de mis palabras para que ellas no denotaran mi tristeza. Me convertí en la mejor maestra de actuación. Cuando conversábamos no deseaba estresarlo y no le mostraba ni la más mínima señal de mi agobiante angustia.

En mayo de 2019 mi hijo me propuso que hiciera planes con antelación para que en noviembre asistiera a su graduación. También quería aprovechar la ocasión para que conociera Escocia y quizá desde allí hasta pudiéramos viajar a Francia y a Italia. Mi hijo sabía que uno de mis sueños era conocer París. La noticia me cayó como bálsamo al corazón porque la aventura parecía ser prometedora. Mi entusiasmo era tal que parecía el de una niña, porque durante toda mi vida había soñado con ello. Ahora se me presentaba la oportunidad, además, vería a mi muchacho y compartiría ese gran sueño con él.

Desde que terminé de hablar con mi hijo, conversé con mi esposo y la idea le pareció muy buena. A él también le agradó mucho la noticia, pero con la misma rapidez con que se encendió mi entusiasmo, con esa misma rapidez se rompió mi burbuja de jabón, porque hicimos los cálculos del costo de ese viaje, nos dimos cuenta de que no podríamos pagarlo. Entre visados y tickets de avión, las cuentas se salían de nuestro ajustado presupuesto de vida, dejando mis sueños rotos y empacados. Me costó lágrimas recoger aquellos pedazos de sueños y dejarlos guardados en las viejas maletas en algún rincón.

Mi gran decepción no solo fue por no poder conocer París. Me dolió el alma por no poder viajar para ver a mi hijo. Y para colmo de males, justo en ese momento me comentó que si encontraba alguna empresa que le permitiera hacer su pasantía y que además lo apadrinara con su

documentación después de terminar su maestría podría quedarse a trabajar allí. Yo solo le escuchaba en silencio y, con el corazón hecho polvo, sacaba la fuerza para regalarle una falsa sonrisa de una alegría que no sentía. Eso sí, nunca le fallaba. Él era mi pedazo de vida, En el fondo, Sabía que él era quien estaba haciendo lo correcto, en cambio yo me había equivocado al pensar que podría tenerlo todo el tiempo a mi lado. Como madre, me había perdido desde el principio. El inmenso amor que sentía por mis pequeños al nacer me había hecho creer que me pertenecían. Desde el mismo momento en que los vi me volví loca. Desde ese día me enamoré de ellos perdiendo no solo mi corazón, sino también todo entendimiento. El amor de madre me había cegado durante mucho tiempo.

Cuando me contaba sus planes de quedarse a trabajar si alguna empresa le daba empleo y resolvía su estadia en ese país, solo me limitaba a guardar silencio. Esta era su vida, su futuro, su porvenir. Ahora se había convertido en un maravilloso y responsable adulto. Aunque yo fuera su madre, no tenía el derecho de decirle qué hacer con su vida ni qué decisión tomar. Solo debía respetar sus decisiones y apoyarlo en todo, me gustara o no. Era una vida que, aunque había salido de mí, no me pertenecía, y por lo tanto, no me tocaba vivirla.

Había llegado el momento de soltar, de dejar ir, aunque eso me costara dolor y tristeza. A pesar de mi apego esto lo tenía más que claro. Me había resignado a esa gran verdad, la verdad de que sus grandes alas ya no cabían en el hogar. Desde el momento en que me di cuenta de que no podría asistir a su graduación y por ende a nuestro viaje a París, lo llamé para comunicárselo. Él me respondió con esperanzas desde el otro lado de la línea:

—Quizá aún pueda hacer arreglos para venir, planifíquese —me dijo.

Le repetí que nuestras posibilidades económicas no me permitirían viajar. Con el teléfono aún en la mano me quedé pensando que después de todo sería mejor no hacer el viaje. Total, él no regresaría conmigo a casa.

Pero muy lejos de mi conocimiento estaba la sorpresa que me tenía preparada la vida. Un plan había sido trazado por él, una debilidad me entristecía a mí y una catástrofe desastrosa nos depararía el destino. Aparté mis ilusiones rotas. Tomé cada una de ellas, las coloqué en el baúl de los sueños sin cumplir y me dispuse a resetear mi vida. Ocupé mi mente en el trabajo, en nuevos proyectos en casa y fuera de ella. Uno de ellos fue terminar mi libro para su publicación, así es que de pronto, volví a volcar mi atención en este último proyecto, tratando nuevamente de esconder mi tristeza, la cual en ese momento estaba acompañada de desilusión. La guardé muy bien en el fondo de mi alma para que no pudiera salir de allí. Pero por más que la empujaba e intentaba ahondarla dentro de mí se hacía ligera y emergía a cada instante. Me sentía triste y

desilusionada porque deseaba con mucha vehemencia ver a mi hijo y por no poder irme de viaje con mi pequeño. Para el mes de junio me informó que tenía su tesis bastante adelantada; prácticamente solo le faltaba escribir el reporte de esta: estaba casi terminando el desarrollo del proyecto. A mediados del mes de agosto debía entregarla, porque al final de ese mismo mes no solo terminaba su maestría, sino que también debía abandonar la universidad.

Su contrato terminaba justo al concluir la maestría, pero esto para José Manuel no representaba un mayor problema porque desde niño había sido exagerado con el rendimiento y la perfección. Fue fanático de los estudios, siempre se adelantaba a la entrega de sus trabajos. Era demasiado inquieto y se adelantaba a todo. Como reconocía mi debilidad por mis hijos, además de mi melcochosa manera de amarlos, trataba de no llamarlo muy seguido. No quería convertirme en otro motivo de estrés para él; pensaba que con sus estudios era más que suficiente. Ahora dejaba que la decisión de llamar fuera solo suya. Esperaba que sacara el tiempo para hacerlo, que sintiera la necesidad de comunicarse con su familia. Debía y tenía que ir mejorando mi terapia de desapego. Me había propuesto firmemente rehabilitarme de mis "excesos de amor", como los llamo. Pero debo confesarme ante ustedes: esta situación muchas veces lastimaba tan hondamente mis sentimientos que llegué a sentirme abatida.

El muchacho tardaba mucho para comunicarse, por no decir que la mayoría del tiempo no lo hacía. Esta pequeña avecilla al parecer siempre andaba volando alto, siempre estaba muy ocupado para hacerle una llamada a su melcochosa madre. Recuerdo que para el Día de las Madres me sentí ofendida y enojada con él. Se le había olvidado por completo felicitarme. Ese día lo pasé esperando su llamada, cosa que no ocurrió. Recuerdo haber contado cada segundo, cada minuto y cada hora hasta terminar el día. Cuando llegó la noche estaba frustrada, amargada y triste. Este dulce niño se había olvidado por completo de su madre. Y no solo yo había notado su falta, sino también sus hermanos habían comenzado a quejarse por su ausencia y desapego familiar. Conociendo bien mis defectos y el exagerado apego a mis hijos, trataba de contenerme, de estar tranquila. Aunque sabía que él se mantenía muy alejado, logrando el disgusto de todos, no lo presionaba mucho para no ser imprudente. Ahora me encontraba en una escuela de aprendizaje obligado que me había impuesto para curar mi excesivo apego.

Me ajustaba diariamente a esta disciplina y me apegaba a ella. Era una disciplina de libertad para mis hijos, de desapego y respeto hacia ellos. Pero créanme cuando les digo que era muy duro para mí, tanto que resultaba doloroso. No porque estuviera desequilibrada o loca, tampoco porque fuera la mejor madre del mundo. Más bien porque toda mi vida la había dedicado en cuerpo y alma a mis hijos. Durante todo este tiempo me olvidé de ser mujer, de cómo cultivar amigos, simplemente me bajé

del mundo común. No hubo una carrera profesional, un trabajo ni ninguna otra distracción, solo éramos mis hijos y yo. Había creado un mundo que creía perfecto donde solo estábamos nosotros, y por supuesto, también su padre.

De niña no tuve la suerte de tener una familia estable y desde entonces mi mayor ilusión como mujer y mi gran anhelo era tener una familia. Por esa razón cuando mis hijos llegaron a mi vida fue un sueño hecho realidad. No hubo distracción que me alejara de esos pedazos de mi alma y creo que allí estuvo el problema, porque mis hijos se convirtieron no solo en un dios para mí, sino también en mi vida entera. Ya no había vuelta atrás, esas tres personitas significaban todo mi mundo. Para mí no había nada más, todo comenzaba y terminaba en ellos. Creo que esa fue la razón por la que al irse lejos uno de ellos, entré en un estado de duelo. Un duelo fuerte y muy duro de sobrellevar; un duelo que tardaba mucho tiempo en sanar, tardaba tiempo en pasar.